

ra las corridas, no puede ser incluida en ninguna de las reproductoras y benéficas, pues genuinamente pertenece al linaje de las perjudiciales y destructoras. Al principio del presente trabajo, indicamos á este propósito, que los toreros son unos zánganos sociales con honores de héroes, que se pasan la vida en la ociosidad, y eventualmente consagrados á una tarea que llaman trabajo, y que no es más que un acto de barbarie. La vida que llevan y el ejercicio á que se dedican, ejercen una influencia nefasta en el pueblo, porque es corriente que el vulgo procure imitar su holgazanería, sus vicios y sus proezas. Nosotros, que tenemos tantos males sociales que lamentar, y consideramos nuestra nativa indolencia como una de las más pesadas rémoras de nuestro progreso, obraríamos con muy poca cordura si viésemos con indiferencia este nuevo peligro que nos invade. La prudencia más elemental nos aconseja impedir á toda costa la formación en nuestro país de esa clase perniciosa, y librar cuanto antes á nuestros obreros de la influencia moralmente deletérea que ejerce en sus costumbres, la conducta privada y pública de los verdugos de los toros.

La crianza y propagación de toros bravos en nuestros montes y dehesas, que, según se nos dice, comienza á intentarse, sería una grave amenaza para la agricultura, porque requieren la consagración de vastos y solitarios terrenos donde moren y pazcan los ganados salvajes, cuanto más lejos sea posible de la vista y del contacto del hombre. Quedarían por este medio inutilizadas grandes extensiones territoriales, que podrían aprovecharse con ventaja para la siembra de cereales ó vejetales útiles á la especie humana, ó

para la crianza de ganado bovino destinado al consumo de pueblos y ciudades. Si las empresas á que aludimos llegasen á plantearse, darían el desastroso resultado de que al placer de los espectáculos sangrientos, se sacrificasen los verdaderos intereses del público, y de que el toreo se atravesase y levantase en el camino de la producción legítima, como un obstáculo poderoso y hostil á las necesidades más imperiosas de la generalidad.

«Es indudable, decía Jovellanos, que nuestra agricultura sufre mucho por la manía de las fiestas de toros. Cuesta más criar uno bueno para la plaza, que cincuenta reses útiles para el arado. El número de éstas mengua y se encarece cuando se multiplica el de aquéllas, y esta carestía pudiera ser funestísima si prevaleciendo la opinión contraria, las corridas de toros se convirtiesen en una diversión general y frecuente. No es tan pequeño como parece el número de reses que malogra este espectáculo. En él no deben entrar sólo las muertas, sino también las estropeadas en capeos, novilladas, embolados, toros de cuerda, etc.; y si se abriese la mano á esta diversión por todos los pueblos, sin contar más que un toro por cada villa ó ciudad, resultaría una suma demasiado considerable.

«Ni se diga lo que de las terneras, que cuantas más se consumen, más se crían, porque el aumento de éstas supondrá siempre el crecimiento general, y el de los toros la general disminución de la especie útil; pues requiriendo pastos, vaqueros, diligencia y capital separados, es claro que en razón de su aumento, menguarán el capital, la industria y el tiempo destinados á la producción de animales de trabajo. — También



pierde la industria: los pueblos que ven toros, no son ciertamente los más laboriosos. Un día de toros en una capital, desperdicia todos los jornales de su pueblo y los de su comarca (1).»

Mirémonos, pues, en ese espejo, y veamos cuales son los males á que nos conducirá tan desgraciada propensión, si no la sofocamos prontamente. Recordemos á este propósito lo que dice Montesquieu: «Cuando en un gobierno, al hablarse de la cosa pública, cada uno dice: «¿qué me importa?» la cosa pública está perdida!» El Rey Don Carlos III, el más ilustrado de la dinastía borbónica y eterna gloria de su nación, aconsejado ó secundado por aquellos hombres eminentes, que se llamaron Campomanes, Floridablanca, Aranda y Jovellanos, lustre y ejemplo de patriotas y estadistas, vió el mal á tiempo y procuró cortarlo prohibiendo las corridas; y como el toreo no había adquirido entonces todavía en la misma España el desarrollo inaudito que ahora alcanza, fué posible al progresista monarca hacer respetar sus pragmáticas por todo el reino. Pero como desgraciadamente el ingrato, perverso y retrógrado Fernando VII, antítesis ignominiosa de su abuelo, dió todo su apoyo al toreo, llegando hasta establecer en Sevilla una Academia para ese *arte*, volvió á prender aquella chispa casi extinguida, y siguió tomando en lo sucesivo aumento incalculable, hasta alcanzar las dimensiones de un verdadero incendio. Así, por haberse destruido torpemente la obra sapientísima de Carlos III y de su consejo, se dió impulso deliberado á esa manía feroz, la cual por la indolencia ó con el beneplácito de culpables cla-

(1) Jovellanos, lugar citado.

ses directoras, fué ganando adeptos por donde quiera, hasta tornarse en debilidad, vicio y necesidad imperiosa del pueblo. Y perdida aquella feliz ocasión de cortar el mal de raíz, vino á hacerse muy difícil y casi imposible su extirpación posterior; hasta el punto de que en los tiempos modernos, las protestas y esfuerzos de los pensadores y estadistas eminentes de España, como Balme, Pi y Margall, Salmerón, Navarrete y tantos otros sociólogos de empuje como tiene aquella nación, han sido impotentes para obtener una reforma que reclaman á una voz los intereses de la humanidad y el buen nombre español. Pues á tal punto han llegado las cosas, que, según opinión de algunos, podría la supresión de los toros provocar hasta motines y pronunciamientos en la Península.

Entre nosotros, es fácil aún poner punto á ese bárbaro pasatiempo, porque el pueblo mexicano se adapta sin resistencia á cuantas disposiciones suele dictar á este propósito la autoridad pública. Así lo demuestra la circunstancia de que en varios Estados (1) de la Unión están prohibidas las corridas de toros, y de que aun en el mismo Distrito Federal lo hayan estado por varios años (2), sin que nadie murmure, ni haya habido el más leve peligro de perturbación del orden y de la tranquilidad por ese motivo. Bastaría, por lo mismo, que nuestras clases directoras se propusiesen llevar á cabo tan saludable reforma, para que fuese admitida en el Distrito y en todas las Entidades federadas, sin serias ni peligrosas resistencias; en tanto que sería dolo-

(1) Veracruz, Oaxaca, Jalisco y Yucatán, según nuestros informes.

(2) Diez y nueve años: de 1867 en que los abolió el Benemérito Juárez, hasta 1886.



roso que, dejándose pasar más largo tiempo, fuese el mal tomando creces, hasta llegar á convertirse en gigante.

Ahora que comienzan á criarse empresas importantes de diferentes géneros con miras taurómicas, es cuando deben adoptarse determinaciones enérgicas que remedien la situación; pues á medida que aquellas arraiguen y se desarrollen en el país, será más difícil la tarea, y hasta podría llegar un día en que se tornase imposible.

\*  
\*\*

Los espectáculos taurinos resultan, además de lodicho, ruinosos para la clase proletaria, porque, como cosa exquisita y etérea, son de precio muy alto. El de la entrada ínfima á las plazas, es con mucho superior al de las óperas más selectas, pues mientras el boleto de galería alta en los teatros no suele valer más de cincuenta centavos, no baja de dos duros el más barato de los que permiten el goce de las corridas. Dos pesos es una cantidad excesiva para los jornaleros, domésticos y clase pobre en general, que es la que llena principalmente los tendidos; así que para asistir á la diversión, tiene la gente pobre que hacer grandes sacrificios, verdaderas locuras, gastando en un momento el fruto de rudo trabajo de buena parte del mes.

Suelen darse en México veinte corridas anuales, las cuales producen en junto (á razón de \$20,000 cada una por término medio) cuatrocientos mil pesos. Admitiendo que sobre esa cantidad salga del pueblo nada más que una cuarta parte, lo que es establecer un cálculo muy corto,

tendremos que la clase pobre de la Capital hace cada año un desembolso de \$100,000 para asistir á los espectáculos taurinos; suma que representa una exacción alarmante para el pueblo humilde y trabajador. Y cuenta que hemos calculado muy por lo bajo el importe real de ese sacrificio, pues sabido es que las entradas de sol llegan á venderse hasta á tres pesos, y que la proporción con que contribuyen los proletarios al producto de las corridas, es mucho mayor de la fijada.

No puede ni siquiera imaginarse el trastorno y el perjuicio que tales dilapidaciones llevan á la vida, costumbres y hechos de obreros y sirvientes: de allí nacen la miseria del hogar, la desnudez, los disgustos y no pocas veces el hurto y la rapiña, porque las necesidades son malas consejeras.

#### IV.

### Conclusión.

Al salir de la tutela colonial, cayó nuestro país en la confusión consiguiente á la falta de experiencia y al crecido número é intensidad de los problemas étnicos, políticos y económicos que, como producto de nuestra propia historia, dejó planteados el virreinato. Después de tres cuartos de siglo de luchas, tanteos y convulsiones, logramos orientarnos en medio de la oscuridad, y surgió el orden, del caos de nuestras luchas intestinas y guerras extranjeras. Por gran fortuna nuestra, encontramos ahora, que todo lo



discutimos y zanjamos de una vez en nuestros tiempos tristes, sin dejar dificultad por resolver para más tarde; así que, pasado nuestro acceso febril, nos hallamos purificados de principios morbosos, y trocados en dúctil materia, preparada para recibir nuevas y apropiadas formas. Sufrimos una crisis total y compleja para no volver á padecer ya, y resumimos en el drama terrible de nuestra preparación, todas las luchas y agitaciones de una larga época.

Hoy, pues, pasada la prueba, podemos contemplar con satisfacción nuestra obra; hemos hecho por anticipado, lo que no han podido realizar todavía muchas de las naciones más antiguas y adelantadas del orbe; y en punto á ideales políticos y libertades civiles, vamos á la cabeza de una pléyade luminosa de naciones. Y en los tiempos que corren, conquistados y fundados ya los principios, podemos dedicarnos á armonizar nuestros más caros ideales con las duras exigencias de la realidad viviente. Así, al periodo de exaltación, revuelta y delirio de nuestra sociedad, ha seguido el de reflexión, serenidad y sensatez, que es el que vamos alcanzando; y hecha tabla rasa con los antiguos sistemas, ponemos ya la mano á construcciones altas, simétricas y bien cimentadas. La revolución con sus estragos, echó por tierra las paredes vetustas del régimen antiguo, y llenó con sus escombros el negro abismo de nuestros viejos problemas; y sobre ese suelo reciente, duro y firme, van levantando las nuevas generaciones el monumento de la patria moderna.

Gloria imperecedera de las actuales será la de haber sabido coordinar los elementos confusos de nuestras luchas, en una obra consciente, ar-

mónica y de paz; y, cualesquiera que sean el progreso y el poderío que alcancen nuestros pósteros, no dejarán, si son honrados, de hacernos esta justicia.

Nos hallamos en el momento histórico oportuno para todo género de disciplinas y de sistematizaciones: de nosotros depende el porvenir, y culpa nuestra será si no dejamos plantada buena semilla.

Ya que nuestro adelanto material y económico es notorio y promueve el aplauso y la simpatía de Europa y ambas Américas, conviene que no se presente sin la compañía del progreso moral y de la cultura del espíritu, que le darán brillo, respetabilidad y firmeza.

La diversión de los toros es asunto juzgado y fallado por el mundo, y tiene bien acreditado su título de espectáculo atroz é incompatible con el carácter de los modernos tiempos. Resto vergonzoso de la antigua barbarie, es un anacronismo en el siglo XX; y no se explica cómo ese mónstruo sangriento y feo, puede alentar en época como la nuestra, tan poco á propósito para su supervivencia. Triste privilegio de la nación española y de las neo-hispanas, es visto con horror por todas las otras; y esa singularidad no es una gloria, por cierto, sino un estigma, una tara, una humillación. No solamente el deber moral y el instinto del progreso aconsejan borrar esa mancha de los pueblos de habla española; sino también y de consuno lo reclaman la conveniencia y la dignidad de esos mismos pueblos, á quienes el porvenir parece reservar brillantes destinos.

Sea como sea, deber nuestro es apartarnos de la senda torcida que llevamos, y tomar resuel-



tamente por el buen camino, rectificando en esto, lo mismo que en todo, nuestro rumbo y nuestros ideales. Sacudamos este último resto de la tutela colonial, y seamos ahora, como lo hemos sido siempre, un pueblo digno de su independencia y de su suerte.

México empieza á llamar la atención general por su florecimiento repentino; purifiquémonos, pues, de toda mancha que nos rebaje y afee ante los otros pueblos, con el agua lustral de la civilización, y presentémonos al mundo con la frente limpia y levantada. No olvidemos hay rasgos que por sí solos pintan y delinean una situación ó un carácter; y que esos rasgos impresionan tanto más, cuanto son más negros y trágicos. Así vemos á los aztecas caracterizados ante el mundo por los sacrificios humanos, á la revolución francesa por la guillotina y á España por las corridas de toros. Y nosotros también, si no acudimos al remedio, por más que avancemos en las ciencias y en las artes, y por grande que sea la prosperidad material que alcancemos, no pasaremos de ser un pueblo semisalvaje para los demás, mientras mantengamos vivos los espectáculos taurinos.

Aun prescindiendo, por lo mismo, de las consideraciones fundamentales desarrolladas arriba, conviene no dar cuerpo á la maledicencia internacional, por la inclinación y la protección á pasatiempos espeluznantes. Si continuamos abandonando el arte verdadero para solazarnos con la vista de escenas inhumanas, tendremos en el exterior una reputación poco envidiable, y, lo que es más doloroso todavía, la mereceremos. *Ab uno disce omnes*: los extranjeros nos juzgarán y calificarán por ese solo dato. Los artistas son

malos enemigos, y cuando visitan nuestro país y se ven postergados á los toreros, salen indignados de México y difunden por los Estados Unidos y Europa, las especies más tristes y desfavorables respecto de nuestra cultura. Y hay que considerar que los artistas son muy escuchados, y que para la gente que no registra las estadísticas ni las noticias de bolsa, que se llama legión, son unos oráculos.

Es cuestión de patriotismo y de bien parecer extirpar de nuestro suelo esa planta venenosa y parásita: una medida de esa especie, alcanzará incalculable resonancia entre los pueblos cultos, y hará más en favor de México, que un número crecido de libros, opúsculos y periódicos laudatorios, nacionales ó extranjeros. La materia, por más que parezca trivial, es de la mayor trascendencia, y bajo una apariencia modesta, oculta un gran fondo de interés moral, social y patriótico; es parecida al radio, que vale de oro tres mil veces su peso.

Un esfuerzo nomás se requiere; un impulso valiente para dominar la rutina, imponer silencio á intereses bastardos, y acometer la obra con decisión. México es la cabeza del país, y lo que aquí se haga, será hecho por todos los Estados, como ejecutan los hermanos menores cuanto ven hacer al mayor de la familia. El Distrito Federal ha dado al país en esta línea ejemplos muy perniciosos; pero podrá darlos, si quiere, tan buenos, que alcancen á borrar en un momento hasta los rastros de su conducta anterior. Así que, en cierto modo, es responsable de cuanto se hace ó haga á este propósito por toda la República.

Abrigamos la firme convicción de que al hom-



bre eminente que rige los destinos de México, le está reservado el introducir en nuestro país, por su influjo y prestigio, tan necesaria reforma, enriqueciendo con este nuevo laurel, la corona de su grandeza; y de que, cuando la posteridad enumere sus altos hechos, hará especial mención de éste, con grande aplauso y encarecimiento. Pues, bien que el Sr. Gral. Díaz haya puesto por obra tantas cosas admirables así en la paz como en la guerra, la medida de que se trata, por su carácter particular de humanidad y cultura, no pasará inadvertida para sus biógrafos: como no ha olvidado la historia referir que don Alonso el Sabio, Isabel la Católica y Carlos III fueron enemigos de los toros, á pesar de que el primero hizo las Partidas, la segunda contribuyó al descubrimiento del Nuevo Mundo y el último fué un grande y glorioso reformador de la nación española; y como no olvida tampoco que el Benemérito de la Patria don Benito Juárez, apenas reinstalado en México después de la caída de Maximiliano, abolió esa sangrienta diversión, que había alcanzado tanto favor en tiempo de los gobiernos militares é imperialista.

*José Lopez-Portillo y Rojas.*

MEXICO, MAYO DE 1906.

## Ante el Gran Jurado.

ACUSACION CONTRA EL SEÑOR SENADOR  
LIC. DON JOSE LOPEZ-PORTILLO Y ROJAS.

DEFENSA PRODUCIDA POR EL SEÑOR  
LIC. DON JOSE DIEGO FERNANDEZ.

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL  
JURADO SEÑOR INGENIERO DON  
— AGUSTIN ARAGON. —

## ANEXOS.

MEXICO.  
TIPOGRAFIA DE MÜLLER HNOS  
Calles del Dr. Casimiro Licéaga y Dr. Carmona y Valle,  
(Indianilla)

1909

31393